

Emiliano Battista

Bartolomé Mitre y la filología. Aproximaciones lingüísticas a la historia americana

1. Introducción

Hacia mediados del siglo XIX, la mayoría de las naciones americanas ya habían consolidado su independencia política respecto de los regímenes coloniales que las precedieron; sin embargo, gran cantidad de los hombres de ciencia (que formaban parte del poder letrado e, incluso, de las oligarquías gobernantes) continuaron replicando el sistema de creencias imperialista y, por añadidura, sus decisiones de estado reproducían muchos prejuicios de las comunidades europeas. Estos prejuicios se plasmaban, principalmente, en el lugar que el imaginario social se reservaba para el "indio" u hombre nativo de América.

Lo acontecido en la Argentina durante el proceso de configuración nacional —que se extendió hasta 1880 y ofreció sustanciales diferencias con lo ocurrido en Perú y en México, por ejemplo— encaja de manera casi paradigmática en la situación descrita: la ruptura con la corona española (informalmente en 1810 y oficialmente en 1816) no conllevó un cambio radical (auténtico y profundo) respecto del tratamiento otorgado a los pueblos y culturas pertenecientes a la América antecolombiana. Es cierto que los intelectuales criollos que gestionaron saberes en el incipiente estado argentino procuraron formular nuevas versiones del pasado prehispánico y buscaron presentarlas como alternativas frente a la historia hasta entonces establecida por cronistas y misioneros; no obstante, no redefinieron la perspectiva europeizante con la que se incursionaba en el continente desde hacía más de tres siglos¹.

¿Cuáles eran, entonces, algunos de esos prejuicios europeos que, contando con el respaldo que le brindaban los modelos positivistas y naturalistas, permea-

¹ Según señalaron Irvine & Gal, las ideas forjadas durante el período colonial permanecieron profundamente arraigadas a lo largo de todo el siglo XIX, en el que historiadores y antropólogos impulsaron un "discurso dicotomizante" que producía y reforzaba la visión de que los europeos (y la burguesía metropolitana) se diferenciaban, por su superioridad, de un "este" (u oriente) ampliamente definido, que incluía a asiáticos, africanos y a otras civilizaciones "retrasadas" o "primitivas" del resto del mundo (2000, 72-73); en este contexto, veremos, a continuación, la filología comparada (como empresa académica dedicada a "la descripción de la diferenciación lingüística") fue "ideológica en sí misma" y estuvo "socialmente comprometida" (2000, 74).

ban en las interpretaciones de los hombres de ciencia del escenario intelectual argentino de la segunda mitad del siglo XIX? Que todas las razas no eran iguales, sino que había algunas que eran superiores a otras; que no todas las lenguas eran iguales, sino que, como en el caso anterior, había algunas que eran mejores que otras; y que había ciertas lenguas que eran incapaces de satisfacer determinadas finalidades comunicativas, cívicas y/o artísticas, lo cual les otorgaba un estatuto diferente. Siguiendo esta lógica, ciertas razas, entre ellas las americanas, eran consideradas inferiores a otras, como las arias; del mismo modo, ciertas lenguas aborígenes americanas (como el quechua o el guaraní, por ejemplo) eran consideradas inferiores a lenguas clásicas como el latín, el sánscrito o el griego².

En este marco, la lingüística histórico-comparativa vino al auxilio de los intelectuales, pues se estableció como uno de los soportes disciplinares que permitió dar cauce argumental a muchas decisiones de estado³. El estudio del lenguaje a la luz de rigurosa metodología pasó a ser una herramienta epistemológica crucial para la intervención (política) del imaginario cultural de un colectivo determinado (Anderson 1983), o bien una "estrategia de autorización discursiva" para la construcción de un nuevo patrimonio lingüístico-cultural (Pas 2012). La filología, entonces, se puso al servicio de las investigaciones arqueológicas, de las reconstrucciones históricas, de las filiaciones genéticas y de todo tipo de reflexión en materia de cuestiones evolutivas; en definitiva, se convirtió en un insumo de vital importancia para el (supuesto) anclaje científico de las interpretaciones practicadas por los criollos abocados a la gestión del pasado.

En el presente trabajo nos detenemos en el análisis de una serie de contribuciones (1879, 1881, 1894, 1895, 1896a, 1896b) en las que identificamos la labor filológica de Bartolomé Mitre (1821-1906): un político, militar, periodista e historiador argentino que combinó la función pública —llegó incluso a ser presidente de la Nación entre 1862 y 1868— con los quehaceres intelectuales⁴. Su ensayística abordó múltiples temáticas en las que supo desplegar su vocación etnográfica, signada por el ampuloso objetivo de elaborar un *Catálogo razonado de la sección lenguas americanas* —publicación póstuma a cargo del museo que hoy lleva su nombre (1909-1911)—. No nos detendremos aquí en el análisis del material reunido en dicho catálogo —tarea que realizó exhaustivamente De Mauro (2020a)—, sino en la referida serie de artículos en los que Mitre, valiéndose de los saberes de la filología de su tiempo, reflexionaba respecto de la natu-

² Todas las apreciaciones enumeradas con anterioridad, según sabemos hoy, carecen de fundamentos científicos (Benítez Burraco & Barceló-Coblijn (2015, 16).

³ De acuerdo con Ennis, esta nueva ciencia permitió "gestionar diferencias", pues actuó como un "medio simbólico, epistemológico y técnico para trazar fronteras, consolidar filiaciones y rastrear genealogías comunes" (2021, 310).

⁴ Para una caracterización de la figura de este intelectual puede consultarse Romero (1943).

raleza (estructura y vocabulario) de las lenguas americanas (salvajes y simples, a su criterio) y de la imposibilidad de desarrollo cultural de las comunidades nativas del continente.

2. El "estado sociológico" de la América antecolombiana

Desde la Antigüedad, y durante miles de años, la reflexión acerca del origen del hombre y del origen del lenguaje —que marcharon casi palmo a palmo— constituyó una tarea "de orden mitológico" (Ciapuscio 2021, 28): culturas muy disímiles tendían a formular sus explicaciones en torno a la tesis del monolingüismo primitivo. Hacia fines del siglo XVIII, a medida que el desarrollo de la química, la física, la botánica, la zoología, la anatomía y la paleontología comparadas⁵ habilitó discusiones científicas respecto del primero de los objetos de indagación señalados, para que sus afirmaciones no quedaran en el plano meramente conjetural, la reflexión acerca del origen del lenguaje se vio en la obligación de munirse de mecanismos de validación similares. Mounin señalaba que la filología de aquellos tiempos ofreció "un espectáculo bastante clásico en la historia de las ciencias" (1967, 166): una disciplina emergente trata de asimilar los principios y métodos elaborados por disciplinas más avanzadas. Así, la ciencia del lenguaje de principios del siglo XIX —"asimilada a las ciencias de la naturaleza"— operó por analogía con las disciplinas en boga y, conforme a la "ilusión romántica" de remontarse a los orígenes de la humanidad, trató su objeto como un "organismo" (Leroy 1963, 187).

El liderazgo de las explicaciones se lo disputaron la tesis del hebraísmo primitivo —la lengua sagrada que actuaba como prueba de la revelación providencial (Olender 1989, 161)— y la tesis del protolenguaje indoeuropeo —que no se presentaba como la lengua madre de la humanidad, sino simplemente como la madre de una familia específica: la aria (Eco 1993, 53)—. Ambas tesis tenían en común el postulado de que la lengua en cuestión correspondía a un tiempo dorado en el que se cumplía el sueño de la perfección idiomática. ¿El problema? Coincidían en un enorme fallo de cálculo. Así como los indoeuropeístas creían que solo quedaba un corto trecho temporal más allá de la era védica, los hebraístas pensaban que la época de la creación bíblica no estaba situada en una lejanía inalcanzable; según explicaba Tovar (1997, 21), recién cuando la temporalidad geológica fue asimilada por los estudios lingüísticos, los investigadores asumieron la dificultad de dar respuesta científica al problema del parentesco primitivo

⁵ Los títulos que, entre otros, actúan como obras de referencia de aquello que puede considerarse estudios de naturaleza científica son *Filosofía botánica* (1751), de Carl von Linné; *Tratado elemental de química* (1789), de Antoine Lavoissier; *Lecciones de anatomía comparada* (1800-1805), de Georges Cuvier; y *Filosofía zoológica* (1801), de Jean-Baptiste Lamarck.

de las lenguas humanas. Por tanto, la conciencia del tiempo permitió a los lingüistas acotar el alcance del asunto mientras se afianzaba el método histórico-comparativo.

En medio de estos avatares, la filología devino, según explicaba Ennis siguiendo a Foucault (1966), un "ejercicio arqueológico" (2021, 290). Las palabras fueron tomadas como fósiles. ¿Otro problema? Todo debía reducirse al análisis de lenguas con escritura, dado que la oralidad no dejaba huellas y, por ende, no se tenía acceso a muestras de habla de los ancestros. Esta era una severa limitación para la reconstrucción de las formas lingüísticas correspondientes a un estadio anterior, de modo que la dimensión especulativa continuaba teniendo un peso sustancial en las teorizaciones (o elucubraciones) respecto de las filia-ciones genéticas postuladas entre dos lenguas y, por extensión, entre dos pueblos.

Luego, a medida que algunas clasificaciones tipológicas tomaron la forma de teorías sobre el progreso y la decadencia del lenguaje —más adelante referiremos a ellas (§3)—, la disciplina fue ganando prestigio y, efectuando casi el camino inverso al realizado a fines del siglo XVIII, se convirtió en un insumo que brindó respaldo científico a otras áreas: de acuerdo con Farro y De Mauro, el trabajo filológico contribuyó al "proceso de creación de conocimiento antropológico basado en las lenguas" (2019, 54). Consideramos que este es justamente el procedimiento argumentativo plasmado en la serie de artículos de Mitre seleccionados, en los que el análisis lingüístico constituía una herramienta metodológica que le permitía tratar las palabras al igual que los cráneos y los monumentos, esto es, como ruinas, como acontecimientos arqueológicos⁶. Los vocablos, cual fósiles, aparecían en clave interpretativa para una caracterización (absolutamente prejuiciosa e ideologizada) del "estado sociológico" de la América antecolombiana (Mitre 1881, 26).

2.1 El hombre americano y su "barbarie congénita" (1879)

Las ruinas de Tiahuanaco (1879) es, en la producción intelectual de Mitre, un trabajo resultante de un viaje realizado en 1846 a Bolivia; en concreto, en esta obra analizaba un monumento histórico ubicado en el llano andino, en la altiplanicie del Alto Perú —zona que ofrecía alguna "analogía" con el Tibet (1879,

⁶ Al presentar el paralelismo entre lingüística y arqueología en la obra de Otto Schrader (1883), continuador de August Schleicher, Antonio Tovar señalaba: "El concepto de 'ruina' es una elaboración típica del siglo XIX; frente a la noción más genérica y tradicional de 'monumento' o 'antigüedad', la 'ruina' es todo 'resto' —por humilde que sea— a partir del cual es posible extraer información histórica. Hablando filológicamente, las "ruinas" son todos aquellos testimonios fragmentarios a partir de los cuales es posible 'restituir' críticamente un texto o lengua perdidos" (1997, 23).

4)—. Las ruinas, a criterio del autor, eran el "testimonio" de una "raza constructora": "más adelantada" y "más antigua" que la que habían encontrado los españoles al arribar al Perú (1879, 4)⁷. Mitre consideraba que carecían de fundamento aquellas hipótesis que atribuían la construcción de ese monumento a los Incas y a los Aymaras; por el contrario, lo suponía fruto de la labor de una raza "autóctona" y "primitiva" que ocupaba el territorio antes de haber sido conquistado por los Incas, es decir, por lo menos trescientos años antes del descubrimiento español (1879, 5). Se trataba, en su opinión, de una "civilización extinta" que había vivido allí hacia miles de años y que solamente había dejado esa "huella profunda de su paso silencioso por la tierra" (1879, 46). La hipótesis de Mitre consistía, pues, en que las ruinas de Tiahuanaco probaban "la existencia de una sociabilidad más poderosa, más coherente y más adelantada que la de los Incas"; sin embargo, esta comunidad precursora estaba igualmente "desprovista del germen fecundo y del resorte moral que hace que las civilizaciones sean duraderas y progresivas" (1879, 25). Conforme a la pesquisa de Mitre, las piedras que componían el antiguo monumento suministraban datos respecto del "estado moral" de esa civilización primitiva: específicamente, brindaban información concerniente a su "constitución social" y a sus "instintos artísticos" (1879, 48).

¿Cómo justificaba Mitre su presunción en relación con el orden cronológico de las civilizaciones que habían participado en la elaboración de esos monumentos? Advertía que se basaba en los elementos que registraban "el estado de mayor degeneración por acción del tiempo" y así hallaba que "las estatuas y las obras congéneres" —que atribuía a la civilización precursora— lucían más antiguas que "los monolitos y los ídolos" —que atribuía a los Incas— (1879, 54). ¿Cómo explicaba, entonces, esta aparente contradicción? Mitre recurría a las ideas de Herbert Spencer, quien sostenía que en el devenir de las sociedades era tan frecuente el retroceso como el progreso⁸. A base de esta presunción teórica, daba el siguiente paso en la complementación de su hipótesis: la invasión de "una raza menos culta pero más enérgica y más guerrera" había impuesto el culto a los ídolos geométricos y había edificado su templo sobre los escombros del anterior (1879, 56). Para Mitre, las ruinas de Tiahuanaco, así contempladas, daban cuenta del "retroceso" o del "progreso descendente" que, en materia de evolución social, había dirigido la marcha de las "semicivilizaciones" americanas "desde los tiempos prehistóricos hasta los últimos días de la época antecolombiana"; los monumentos previos a la conquista actuaban como piedras milenarias

⁷ Según Mitre, no eran ruinas propiamente dichas, sino "materiales trancos y dispersos de una construcción que nunca llegó a terminarse" (1879, 4).

⁸ Para un estudio del influjo de la obra de Spencer en la producción de Mitre y en su teoría acerca del retroceso cultural del indígena americano puede consultarse Schávelzon (1991). De acuerdo con esta línea de pensamiento, resumía muy claramente De Mauro (2020a, 83), la barbarie no era considerada un fenómeno de estancamiento, sino de regresión.

que acusaban la "degeneración" y el "empobrecimiento de las facultades" de las razas americanas (1879, 56). Luego, con total descrédito respecto de las culturas nativas de este continente, Mitre daba un paso más y, sin titubeos, generalizaba:

[...] las tribus salvajes de la América, lo mismo que sus naciones relativamente más adelantadas, no poseían en su organización física ni en su cerebro, ni en los instrumentos auxiliares que mejoran y perfeccionan la condición humana, los elementos creadores, regeneradores, eternamente fecundos y eternamente progresivos y perfectibles, que caracterizan las sociedades o las civilizaciones destinadas a vivir y perpetuarse en el tiempo y en el espacio.

Por eso las dos civilizaciones de Tiahuanaco estaban fatalmente destinadas a morir por esterilidad, cualquiera que fuese el orden cronológico en que se sucedieran.

Por eso también, los diversos estados sociales que la conquista europea encontró en América estaban destinados a descomponerse dentro de sus propios elementos, rotando en el círculo vicioso que los encerraba; pasando de civilizaciones relativamente más adelantadas a otras inferiores, y cayendo constantemente en la barbarie, por esa ley de retroceso que en las especies animales se conoce con el nombre de salto atrás (1879, 57).

[...] La América precolombiana no poseía en sí misma el principio de la vida orgánica perfectible, que articula las civilizaciones progresivas; ni poseía los instrumentos con que se labra el progreso que atesoraron como un capital reproductor (1879, 58).

¿Qué papel jugaba la cuestión idiomática en la representación que buscaba afianzar Mitre? Si bien se trata de una temática que, según observaremos a continuación, abordó con mayor meticulosidad en otros trabajos, los lineamientos generales de su cosmovisión aparecían ya esbozados en *Las ruinas de Tiahuanaco*. Haciéndose eco de las afirmaciones de la lingüística hegemónica de su tiempo, Mitre indicaba que el lenguaje tenía "vida propia": "se dilata en la proporción del círculo de las ideas que se fecundan por su intermedio" (1879, 59). En profundo contraste con la riqueza de las lenguas clásicas (de tradición indoeuropea) —ya no creo necesario repetir que se trataba de prejuicios que hoy carecen de todo fundamento científico—, encontraba que las lenguas americanas no solo eran "inorgánicas" e "inflexibles" y que carecían de términos abstractos, sino que además todas habían sido "vaciadas en el mismo molde gramatical"; estas lenguas "no eran susceptibles de desarrollo orgánico ni podían expresar lo que los mismos que las hablaban no podían concebir" (1879, 59) —este era un punto central para comprender aquello que más adelante veremos bajo el rótulo de "ideología idiomática" (1894) (§3)—.

Por ende, el análisis lingüístico era, en la labor de Mitre, una herramienta que le permitía caracterizar al hombre americano como "un documento vivo de su barbarie congénita": un ser que —hasta tanto "la sangre y la civilización europea" no le "inocularon el principio de la vida fecunda y de progreso perfectible"— "había vegetado como sus árboles, propagándose como sus especies animales, sin asimilarse nuevas fuerzas reproductoras, y fatigando hasta las fuerzas

espontáneas de la naturaleza misma" (1879, 61). En definitiva, sentenciaba: "La América era fatalmente lógicamente estéril" (1879, 60).

2.2 La impugnación del origen americano del *Ollantay* (1881)

"Ollantay. Estudio sobre el drama quechua" (1881) fue una contribución en la que Mitre reflexionó acerca de la (in)existencia de una literatura americana antecolombiana. Según explicaba, los apologistas de la civilización indígena solo referían a "tradiciones mitológicas y sus fastos orales o mnemotécnicos o figurativos" e incluso a "arengas públicas" (en cuanto a prosa) y a "cantos rítmicos amorosos, heroicos o religiosos" (en cuanto a poesía lírica), de modo que en ambos casos se trataba de "primitivos elementos amorfos", o bien de "atributos intelectuales de una agrupación humana aún en estado salvaje" (1881, 25). Con absoluta contundencia, Mitre sentenciaba: estas composiciones eran, en definitiva, el "protoplasma de una literatura" (1881, 25). No obstante, señalaba luego, este fenómeno convivía asombrosamente con la opinión de "varios americanistas ilustrados", quienes sostenían que la civilización incaica, en tiempos previos a la colonización, disponía de una "literatura dramática propia", "muy superior" a la europea del mismo período; consideraban que "anticipaba" la forma del drama nacional español según este había sido creado por los grandes poetas, de modo que "podía parangonarse bajo ciertos aspectos" con determinadas composiciones de la Antigua Grecia (1881, 25-26).

El objetivo de Mitre en esta contribución era, entonces, dejar en evidencia "la inconsistencia de esa aserción" (1881, 26). Su punto de partida argumentativo, al igual que en *Las ruinas de Tiahuanaco*, consistía en caracterizar el estado sociológico del hombre americano al momento del descubrimiento: hundido en el letargo de "la barbarie y la semi-civilización", tal como lo atestiguaban los "idiomas inorgánicos" que hablaba, desprovistos de palabras que le permitieran representar "ideas abstractas y proyecciones morales" (1881, 26). Así, según Mitre, América carecía de un hombre moral y el drama justamente era el "producto de una necesidad" que surgía de ese hombre moral: aquel que "buscaba emociones fuera de su propio ser" en armonía con su "naturaleza" y con un "ideal colectivo"; por consiguiente, la postulación de un drama quechua devenía totalmente ilógica e inverosímil (1881, 27)⁹. El mismo estado sociológico de América era el que impugnaba la postulación de una literatura americana:

[...] excluía hasta la posibilidad moral de la existencia del drama, ya sea como síntesis psicológica por la asociación de ideas, ya sea como espectáculo emocional en que las posiciones

⁹ De Mauro (2020b) identificaba dos argumentos en la retórica de Mitre: uno sociológico y otro estético; ambos iban en la línea de lo aquí expuesto.

intervienen personificadas presentando su faz externa; es decir, la acción resultante de los múltiples y complicados movimientos que tienen por origen una impresión, una emoción o una idea en el teatro fantasmagórico del alma humana (1881, 26).

Más allá de las generalidades, Mitre se refería a una obra en particular y su análisis buscaba impugnar la teoría que, lidiando con la lógica y la verosimilitud, pretendía atribuir a los quechuas el origen del drama *Ollantay*, supuestamente compuesto en la segunda mitad del siglo XV y representado en la época en la plaza de Cuzco; sin embargo, la noticia más antigua que se tenía de esta composición se remontaba a 1780, es decir, a los tiempos de la insurrección de Tupac Amarú. Se incluyeron luego fragmentos del drama en *Antigüedades peruanas* (1851) de Mariano Eduardo de Rivero y Juan Diego de Tschudi —este último lo presentó íntegramente en 1853— y en una edición comentada de Gabino Pacheco Zegarra de 1878. ¿Su trama? *Ollantay* equivalía a "Ollantino" o "natural de Ollanta": un joven general de origen plebeyo, del tiempo del Inca Pachakutic, hijo de Viracocha, enamorado de la hija del Inca, la Ñusta o princesa Kusi Koyllur (*Estrella de alegría*), correspondido con aprobación de su madre la Koya Anahuarqui, que aspiraba a su mano y la solicitaba del monarca invocando sus servicios (1881, 51).

Mitre juzgaba que el *Ollantay* era "por su estructura, por sus elementos y sus tendencias políticas y morales, de origen evidentemente europeo" y "por su fondo, por su forma y por sus menores accidentes un drama heroico de capa y espada, cristiano y caballeresco, tal cual lo crearon Lope de Vega y Calderón"; contenía todos los elementos requeridos para serlo: "su rey, su galán, su dama, su traidor, sus confidentes de ambos sexos, sus comparsas, sus amoríos, sus canciones, y para que nada le falte al respecto hasta su gracioso escudero y confidente burlesco del galán" (1881, 42).

Según Mitre, el drama en cuestión no gozaba de las creces literarias que se le atribuían: su único mérito se debía a la (falsa) "creencia" de su origen indígena, cuando se advertía que en realidad era "a todas luces europeo, cristiano y genuinamente español" (1881, 56). A su entender, era inconcebible que críticos del tenor de los ya mencionados Rivero, Tschudi y Pacheco Zegarra, o de José Sebastián Barranca, Clements Markham y Vicente Fidel López, desconocieran "la filiación cristiana, europea, española, moral, política y literaria" del *Ollantay* y admitieran la posibilidad de su representación en el Cuzco de principios del siglo XV (1881, 66). Una vez más, repetimos: para Mitre, la barbarie y el estado sociológico de la América antecolombiana no lo habilitaban. En la producción intelectual de este historiador, el análisis filológico devenía, tal como anticipamos y según intentaremos demostrar a continuación, una herramienta metodológica al servicio del respaldo científico de esa afirmación.

3. La precariedad de las lenguas americanas

En la primera mitad del siglo XIX, con el objeto de explicar las relaciones filogenéticas ante una diversidad lingüística que se volvía avasalladora, aparecieron las primeras clasificaciones tipológicas basadas en la morfología; estas se debieron, en principio, a la labor de Friedrich Schlegel (1808) y de Wilhelm von Humboldt (1836). Sus trabajos estuvieron signados por el avance de una perspectiva evolucionista que se proponía arrojar luz sobre la estrecha relación que existía, a su criterio, entre la estructura de una lengua y la capacidad intelectual de quienes la hablaban; así, mientras las lenguas flexivas estaban asociadas a la "pureza" idiomática y se regían por "un principio genial nacido de una intuición verdadera del lenguaje", las lenguas aglutinantes o incorporantes, menos desarrolladas, añadían elementos a la estructura "sin un verdadero sentido de la palabra" (Nercesián 2021, 96-97)¹⁰.

En 1863, August Schleicher publicó *Teoría darwiniana y lingüística*, un trabajo en el que concebía la lengua como un fenómeno orgánico e interpretaba el cambio lingüístico en sentido teleológico, como la progresión hacia una meta, en donde esta sería el estado correspondiente a una (supuesta) perfección estructural (Robins 1967, 202); reconocía tres estadios en el desarrollo lingüístico: una lengua aislante (tesis), una lengua aglutinante (antítesis) y una lengua flexiva (síntesis). Desde esta óptica, las lenguas aislantes daban cuenta de estadios primitivos del desarrollo evolutivo: una palabra que no flexionaba y que no establecía relaciones de forma gramatical con los demás elementos de la frase a la que pertenecía era semejante a un hombre en estado salvaje, un individuo desligado de toda asociación. Por el contrario, el cénit del desarrollo lingüístico correspondía al máximo de habilidad flexional, un estadio evolutivo superior que permitía la consolidación de hombres libres en el marco de sociedades orgánicas. En la línea de esta serie de postulados, que pertenecían a un tiempo de pleno desarrollo del "paradigma schleicheriano" (Koerner 1978)¹¹, avanzaba la labor filológica de Mitre.

¹⁰ De acuerdo con Bernárdez, la tipología morfológica surgió como "una forma de situarse en el devenir histórico evolutivo": "al igual que hay, supuestamente, seres vivos más simples y por ello más primitivos (la ameba, por ejemplo), otros que se encuentran más arriba en la escala de la evolución (la mosca del vinagre), seguida de seres más desarrollados como el perro, hasta llegar a la cúspide: nosotros, que nos denominamos *homo sapiens sapiens*, ¡nada menos! Esta forma de pensar era habitual en el siglo XIX, penetra en el siglo XX y por desgracia no ha muerto todavía" (2016, 71-72).

¹¹ Koerner (1978) denominó "paradigma schleicheriano" al modo de pensar el lenguaje que se extendió en Europa desde la perspectiva positivista y naturalista de Schleicher a mediados del siglo XIX hasta la aparición del *Curso de lingüística general* (1916) de Ferdinand de Saussure. No obstante, aclaraba que, si bien ya había abandonado el sesgo evolucionista darwiniano que caracterizaba a las propuestas de Schleicher, Max Müller y August Pott, el trabajo de los neogramáticos

3.1 La ausencia de nociones intelectuales y morales. El caso del allentiak (1894)

En *Lenguas Americanas. El araucano y el Allentiak* (1894), Mitre analizaba la *Gramática Araucana* (1606) y el *Arte y Vocabulario de la lengua Allentiak* (1607) del Padre Luis de Valdivia, publicada en Sevilla en 1894 por José Toribio Medina, quien ya había dado noticias del hallazgo de este documento lingüístico seis años antes (De Mauro 2021). Los Huarpes o Allentiaks eran, según la presentación de Mitre, una raza autóctona del territorio de San Juan, o una rama de la familia puelche del Sud, o bien una colonia quechua o aymara del Norte. Estos habitantes originarios de América hablaban "un idioma aislado, sin analogía con las lenguas circunvecinas en su vocabulario, y con diferencias en su sistema gramatical" (1894, 52)¹². En cuanto a su estructura morfológica, se trataba de una "lengua aglutinativa, aislante, pronominal y subfijante, inmovilizada en su verbo dentro de sus propios elementos"; lo más curioso, quizás, era que Mitre, con deliberado prejuicio, argüía que el allentiak "había terminado su período evolutivo" (1894, 52). Esto se debía a que el objeto de su producción discursiva no consistía en dar cuenta de la diversidad cultural del continente a través del análisis de las lenguas habladas por determinadas comunidades originarias, sino, tal como vimos expresado en la sección anterior, demostrar que el hombre americano padecía de estancamiento: un fenómeno que, en su opinión, debía ser leído como un caso de regresión, esto es, en términos evolutivos, como un *salto atrás*.

—Karl Brugmann, Hermann Osthoff y Hermann Paul, entre otros— continuaba el desarrollo de la ciencia normal: únicamente los diferenciaban explicaciones de un mismo objeto, pero tanto los naturalistas como los neogramáticos compartían el punto de vista con el que delimitaban o enfocaban dicho objeto, no cuestionaban los fundamentos de las teorías científicas establecidas y, por ende, trabajaban dentro del mismo paradigma (Portolés 1986).

¹² En la actualidad, respecto de la aparentemente paradójica situación de aislamiento de ciertas lenguas americanas, Bernárdez indicaba que resulta "imposible" que (en un continente ocupado por los seres humanos hace apenas dieciséis mil años) existan más lenguas sin parentesco que en ninguna otra parte del mundo (2016, 52). Sostenía entonces que el problema no era de orden lingüístico, sino de los analistas, quienes no habían sido capaces de hallar los lazos correspondientes, y sugería que la explicación del fenómeno estaba en la dinámica de desplazamiento de los habitantes de América: "Desde Beringia, al noroeste, el movimiento fue en principio de norte a sur, aunque en Norteamérica hubo una expansión subsiguiente de oeste a este. En Sudamérica, en cambio, con la excepción de la cuenca amazónica, apenas hubo otra posibilidad que el movimiento de norte a sur, debido a las características geográficas: altas montañas, selvas difíciles de atravesar. Estos movimientos parecen verse confirmados por la genética de poblaciones. Este proceso de desplazamiento debió de ser bastante rápido en los primeros cientos y miles de años y rompió el contacto entre grupos culturales y lingüísticos homogéneos, lo que conduciría a la multiplicación de la variedad, al desarrollo de nuevas lenguas" (2016, 55).

Luego, en materia de vocabulario, Mitre señalaba que el allentiak era "abundante en palabras elementales" (650 vocablos) (1894, 69)¹³. Incluso, tomando como fuente la obra de Max Müller (1854), Mitre buscaba respaldar su afirmación a base de una comparación que hacía con las inscripciones cuneiformes de Persia (que contaban 370 palabras), con los escritos de los antiguos sabios de Egipto (630 palabras) y con el habla de algunas poblaciones de campaña europeas (que no contaban más de 300 palabras). No obstante, el atributo consagrado a la lexicología de este idioma resultaba positivo solo a la luz de las penurias cívicas que identificaba en estos indígenas, que a su entender hablaban "una lengua de salvajes con pocas necesidades materiales y sin proyecciones morales" (1894, 69).

Más adelante, Mitre presentaba uno de los conceptos claves de su trabajo: la noción de ideología idiomática¹⁴. Antes de caracterizarla, consideramos relevante realizar una precisión al respecto; para ello, retomamos la "aclaración histórico-semántica del concepto de 'ideología'" efectuada por Swiggers (2019). El uso que hacía Mitre de esta noción correspondía, a nuestro criterio, a su "significación originaria", que estaba "bien delimitada" y que, partiendo de la caracterización de Destutt de Tracy, designaba "una *ciencia*: un estudio neutro y no determinado por factores externos" (2019, 10). Fue tras la recepción de la obra de Karl Marx y Friedrich Engels que el concepto comenzó a referir también a "un sistema de ideas", hasta que, durante la segunda mitad del siglo XIX, "se produjo la conversión radical del semantismo del término" y pasó a denominar "una construcción de opiniones, de convicciones (falsas), de prejuicios", determinada por factores externos y al servicio de los intereses de un grupo social (2019, 11).

Con el concepto de ideología idiomática¹⁵, entonces, Mitre presentaba los "fenómenos intelectuales y morales" que ocurrían "en la mente o en el alma" de los hablantes de una lengua (1894, 73). Conforme a esta noción, el análisis de la estructura gramatical y del valor del vocabulario de un idioma permitían saber "cómo pensaban" los sujetos que lo hablaban: esto es, "cómo expresaban sus pensamientos y sentimientos y su asociación de ideas" (1894, 73). Así, Mitre buscaba ilustrar cómo pensaban los Huarpe al hablar en allentiak; para ello

¹³ Mitre aclaraba: "Además, debe tenerse en cuenta que el padre Valdivia lo formó por la comunicación oral de unos pocos indígenas emigrados, sin conocer la nación ni sus costumbres, y declara en su título que solo contiene 'los vocablos más comunes y necesarios para confesar y catequizar en esta lengua', de lo que se deduce que debe ser en sí más copioso" (1894, 70).

¹⁴ Entendemos que la propuesta de Mitre era sumamente innovadora para la época, no así las doctrinas o creencias —los prejuicios, para recuperar un término que utilizamos al introducir el presente trabajo— por las que estaba atravesada.

¹⁵ Según señalaba De Mauro (2018, 75-78) al realizar un estudio "epihistoriográfico" de las correspondencias que Mitre intercambió con su "amigo y compañero de fatigas filológicas" Samuel Lafone Quevedo, la noción de ideología idiomática alternaba indistintamente con los términos de ideología "filológica" y "lingüística".

daba una serie de ejemplos en los que, supuestamente, se evidenciaba la precariedad intelectual de estos indígenas: mientras *allall ño onti* significaba "pobre de oro" [*allall* ("oro") + *ño onti* ("pobre")], la idea contraria se expresaba a través de *naha ño onti*, que significaba "rico" [*naha* ("no") + *ño onti* ("pobre")] (1894, 74). También indicaba que para designar los metales preciosos contaban solamente con una palabra: *allall* ("oro") y *carcaniag allall* ("blanco oro", esto es, "plata"); de modo que había que asumir que los Huarpes habían conocido el primero antes que el segundo (1894, 75).

A continuación, Mitre brindaba otro ejemplo con el que pretendía caracterizar las limitaciones de pensamiento del hombre americano a través de la noción de ideología idiomática. Este era *allall jarro* ("oro jarro", o bien "jarro de oro"), en el que, según explicaba, los hablantes "no le ponían partícula al caso": "[...] omitiendo la preposición (*de*) que sirve para denotar la materia de que está hecha una cosa, lo que demuestra lo elemental de la estructura de su frase" (1894, 75). Obviamente, las conclusiones a las que arribaba Mitre con el análisis de este tipo de fenómenos lingüísticos eran sumamente controversiales, puesto que, en tal caso, una lengua teóricamente prestigiosa como el inglés padecería de la misma "rusticidad" gramatical en sintagmas como *iron mask* ("hierro máscara", al expresar la idea de "máscara de hierro") o *paper house* ("papel casa", al expresar la idea de "casa de papel").

Mitre señalaba también el caso de las palabras duplicadas, a las que juzgaba "frecuentes en las lenguas primitivas para suplir su poca elasticidad" (1894, 77). Se detenía luego en otros grupos de palabras que, a su criterio, permitían "penetrar en el organismo del lenguaje" de los Huarpes, en tanto determinaban "las proyecciones limitadas de sus concepciones" (1894, 78). Según Mitre, ilustraban el caso las supuestas dificultades con las que se topaban estos indígenas para expresar una "idea superior" como la de *patria*, dado que, para referir a ella, según registraba Valdivia, usaban indistintamente los lexemas *Taklao*, *Teta* y *Tahue* —esto es, *Tierra*— (1894, 78). ¿Qué podemos observar a partir de esto? Que Mitre formulaba sentencias tendenciosas (y/o desacertadas) porque su análisis incurría en atajos metodológicos; para desentrañar el auténtico modo de conceptualización del allentik no debía basarse en una clasificación que forzaba a los nativos a expresar en su lengua un concepto que desconocían: en esa situación, advertía, estos terminaban circunscribiendo el concepto de patria a "la idea de suelo habitado" (1894, 78). El problema era que, al proceder de esta manera, terminaba transitando el camino inverso al que la interesante noción de ideología idiomática debía haberlo conducido.

Finalmente, Mitre insistía en que el allentiak era una lengua que "carecía de voces metafísicas"¹⁶, afirmación que probaba argumentando que en el trabajo de Valdivia "todas las virtudes y cualidades morales estaban designadas con sus denominaciones castellanas", dado que la lengua de los Huarpes no disponía de términos propios para enunciar "estos entes de razón" (1894, 77)¹⁷. Para Mitre, entonces, la falta de nociones intelectuales acerca de lo bueno y lo malo —percibidas desde el prisma de categorización del cristianismo— era un argumento más para intentar deponer la valía del allentiak, en particular, y de las lenguas americanas, en general. Por consiguiente, el sesgo ideológico —en el sentido actual del término— con el que estaba sobrecargada hizo desbarrancar la noción de ideología idiomática: categoría de análisis que (en caso de haber sido desprejuiciosamente tratada) podría haber resultado absolutamente operativa para dar cuenta de la cosmovisión de las civilizaciones que habitaban el continente americano antes de la llegada del hombre europeo.

3.2 Las formas primitivas del lenguaje. El caso del mije (1895)

En *Lenguas americanas. El mije y el zoque* (1895), Mitre analizaba el *Arte de la lengua Mije* (1891 [1729]), del Fray Agustín de la Quintana. Este libro —que era la única gramática existente sobre el mije, idioma que correspondía a la región ístmica de México— proporcionaba conocimiento sobre "la estructura elemental de las lenguas americanas" (1895, 7-8). Mitre partía de la presentación de los tipos más primitivos entre los sistemas lingüísticos humanos. En primer lugar, mencionaba las "lenguas pantomímicas", aquellas que necesitaban ser acompañadas del gesto para completar la significación de la palabra hablada (1895, 9). Luego, refería a las "lenguas alfabéticas", aquellas que daban a las letras aisladas el valor de las palabras mismas, formando por sí solas los pronombres que acompañaban al nombre y que gestaban el verbo con sus variadas modificaciones (1895, 9). Este era justamente el caso del mije, un idioma alfabético al que Mitre consideraba "un tipo único en su género" y al que definía como "una especie de lenguaje algebraico" —las letras tenían un valor propio que, a su vez, variaba según su colocación en cada palabra—; se trataba, pues, de una "lengua monoliteral", en la que vocales y consonantes aisladamente constituían raíces (1895, 10). Esto no solamente ubicaba al mije como una lengua anterior al mo-

¹⁶ Aclaraba, sin embargo, que el *Vocabulario* de Valdivia le atribuía algunas: *polok* ("fuerza"), *jenek* ("mal"), *jinek manen* ("mentira" o "decir mal"), *petia* ("poder"), *taymenta* ("vida") (1894, 76).

¹⁷ Más adelante, Mitre decía: "En el Catecismo es donde se exhibe el esqueleto del idioma. Su traductor, o más bien dicho, redactor, ha tenido que interpretar conceptos espirituales, adaptándolos a la inteligencia material del salvaje, haciéndole expresar ideas que no estaban en su mente y que eran contrarias a la índole de su idioma" (1894, 86).

nosilabismo, sino que además obligaba a reformular una "teoría consagrada" según la cual se concebía a este tipo de lenguas como "la forma elemental" entre los sistemas lingüísticos humanos; a partir del hallazgo de este idioma, entonces, Mitre postulaba que el monoliteralismo pudo haber precedido al monosilabismo (1895, 11).

En este sentido, el estudio del mije —lengua aglutinativa, afijante, de yuxtaposición y de carácter pronominal (1895, 11)— devenía una puerta de acceso al conocimiento de los orígenes de la lingüística americana. Luego, Mitre procuraba asignar un lugar a esta lengua entre las clasificaciones vigentes. Así, indicaba que Max Müller y Friedrich Schlegel habían dividido las lenguas aglutinantes en "orgánicas e inorgánicas", y que luego Wilhelm von Humboldt y Heymann Steinthal las habían dividido en "imperfectas e incompletas en su organismo gramatical" (1895, 18): mientras las primeras eran lenguas sin gramática o compuestas de partículas en las que el verbo no tenía una expresión característica, las segundas poseían verbos caracterizados por afijos, infijos y sufijos pronominales. El caso del mije se ajustaba, para Mitre, a esta última clasificación, dado que era imperfecta y, al mismo tiempo, poseía un "embrión de gramática", que daba cuenta de "la transición primitiva entre la existencia del pronombre y la creación del verbo, conservando las raíces pronominales su carácter aislante" (1895, 18).

Todos estos elementos eran evidencia de la "simplicidad" de esta lengua, que se hallaba, a criterio de Mitre, en "un estado verdaderamente elemental" (1895, 18). Por ejemplo, los nombres eran indeclinables, sin casos ni número ni género; los sustantivos verbales (así llamados por analogía) representaban la acción concreta y se caracterizaban por la letra *N*; los adjetivos salían del verbo y se formaban de la primera persona del presente indicativo, permutándose como raíces las letras que representaban pronombres; todo adjetivo era por sí solo adverbio, de manera que no existía propiamente esta parte de la oración, y agregándosele una partícula significativa, por anteposición o posposición, se convertía en superlativo o comparativo (1895, 19-21).

Más adelante, Mitre analizaba aquella que, según consideraba, era "la parte más interesante y curiosa" de esta lengua: su sistema de pronombres, con los que se formaban incluso los verbos, "irreductibles en sí, determinando sus modos, tiempos y personas" (1895, 21). Los pronombres "simples o monoliterales" (que constaban de una sola letra) eran: *n* (primera persona singular y plural de oraciones activas), *m* y *x* (segunda persona singular y plural), *e* *i* y *t* (tercera persona singular y plural); mientras *x* y *t* se usaban en oraciones activas, la *i* se usaba en oraciones pasivas y, al aparecer antepuesta a otro elemento, servía para señalar la tercera persona del imperativo; *ix* servía para expresar la primera persona singular y plural de oraciones pasivas (1895, 23). Los pronombres "compuestos o

silábicos" eran: *ots* (yo), *mits* (tú), *miits* (vosotros), *yoo* y *hee* (aquel/aquellos), *oótzatoim* (nosotros, inclusivo) y *oótz* (nosotros, exclusivo) (1895, 25).

Finalmente, Mitre examinaba el mecanismo del verbo. Así, explicaba, el pronombre *ix* (primera persona singular y plural pasiva) se transformaba en el verbo que expresaba la noción personal de ver, sin ninguna proyección abstracta o metafísica. Anteponiéndole a este radical un pronombre personal y posponiéndole la partícula que designaba el tiempo, podía conjugárselo: *n-ix-p* (yo veo), *m-ix-p* (tú ves), *i-ix-p* (aquel ve) (1895, 28). El caso de los plurales requería de la incorporación de un elemento más que indicara este rasgo: *n-ix-oim-p* (nosotros vemos), *m-ix-ta-p* (vosotros veis), *i-ix-ta-p* (aquellos ven) (1895, 29).

En definitiva, según anunciamos desde el comienzo del trabajo, el objetivo con el que Mitre estudiaba estos fenómenos era poner en evidencia "la primitiva simplicidad" del mije, en particular, y de las lenguas americanas, en general (1895, 27). No era una cuestión de interés legítimo por el conocimiento y la descripción exhaustiva de las peculiaridades idiomáticas del vasto universo que albergaban las comunidades antecolombianas, sino una cuestión de puesta al descubierto de sus limitaciones intelectuales y de sus penurias en materia de desarrollo cívico.

4. Las elucubraciones de una filología semi-fantástica

En el siglo XIX, la expansión del positivismo y el cientificismo estuvo acompañada, "paradójicamente", por aquello que Vernant (1989, 11), siguiendo a Olender (1989), describió como un "tejido de fábulas cultas": relatos que gozaban de un alto nivel de erudición y de análisis de datos al tiempo que atendían a ciertas fantasías del imaginario social. El rigor metodológico de la filología comparada se puso al servicio de la búsqueda del pasado más remoto; así, la disciplina acuñó, por ejemplo, una "pareja providencial": el hebreo y el ario, dos lenguas sumamente funcionales que pasaron a operar, cada una de ellas, como "sistema explicativo de los orígenes de la civilización" (Olender 1989, 34). En este sentido, el interés por postular una lengua primigenia generó, según Benítez Burraco & Barceló-Coblijn (2015, 17), la formulación de teorías (o hipótesis) que gozaron de habilidad y lógica narrativas pero carecieron de datos empíricos que pudiesen corroborarlas.

Siguiendo a Smith (1991), Mejía Macías sugirió pensar el nacionalismo como un fenómeno cultural, que en la América Latina decimonónica no solo fue "posible" sino también "necesario" a partir de la abolición de la autoridad real (2007, 119). Se trató de una "operación histórica" que consistía en "la acumulación de eventos memorables del pasado" y cuya única exigencia era que la "pluralidad [(de ideas, nociones o juicios heterogéneos)] se acomodase como cuentas

y dijese en el collar de una narración" (2007, 119)¹⁸. En la Argentina, alineados con sus respectivos proyectos nacionalistas, ciertos intelectuales vinculados a la gestión del pasado intentaron modelar (retórica y científicamente) la figura del "indio", procurando asignarle un lugar concreto en el derrotero histórico de un imaginario cultural hispanoamericano en conformación. Contamos una serie de trabajos que fueron testimonios de ello. Vicente Fidel López (1868), por ejemplo, recurrió a la lingüística comparativa para postular el parentesco del quichua¹⁹ con las lenguas pelásgicas: al incorporar el pasado incaico a la prestigiosa historia de las lenguas indoeuropeas —y por extensión a la raza aria, blanca o caucásica—, ubicaba los orígenes de la nación en el período antecolombiano y reforzaba la independencia de la corona española (Quijada Mauriño 1996; Ennis 2016, 2018; Battista 2019a, 2019b). Mariano Larsen (1865, 1870), por su parte, apeló a la ciencia del lenguaje para reconstruir la multiplicidad de filiaciones (escandinavas y asiáticas) de las que participaban las diferentes tribus que habitaban el continente antes de la llegada de Cristóbal Colón; así, se jactaba de no haber guiado su argumentación por prejuicios, tal como, casi caprichosamente, a su criterio, hacía López (Battista 2021). Finalmente, Miguel Ángel Mossi (1856, 1857, 1860, 1989) efectuó un uso básicamente instrumental de la filología, poniéndola al servicio de una interpretación (religiosa) de la historia de la humanidad, con la que buscó sentenciar el origen divino del lenguaje, erigir el hebreo como lengua matriz y, por último reivindicar —revalorizar o, incluso, redescubrir— al Inca en territorio americano, atribuyéndole un vínculo histórico y/o evolutivo con una civilización ancestral como el pueblo judío (Battista 2022).

Ya advertimos que Mitre anteponía la fecundidad de pensamiento de las sociedades europeas a la precariedad intelectual de las comunidades americanas. En lo que sigue, observaremos el modo en que este historiador —al contrario de López, Larsen y Mossi—, buscando completar la línea de razonamiento ya presentada en *Las ruinas de Tiahuanaco*, renegaba de la postulación de asociaciones étnicas intercontinentales, pues consideraba que el origen de América se circunscribía al continente: "[...] todos los sistemas que han buscado el origen

¹⁸ De acuerdo con Rivas, el campo de la reflexión histórica fue el lugar en el que "se batieron ideologías opuestas para su interpretación, incluyendo temas tales como el origen de la nacionalidad, el rol de los personajes históricos, el balance del período colonial, la conquista, el pasado prehispánico, que provocaron diferencias sutiles entre historiadores liberales y conservadores por una parte, y entre españoles y criollos por la otra" (1995, 22). Para el caso puntual de la historiografía argentina, señalaba Buchbinder, la obra de Mitre contribuyó a la creación y el sostenimiento de la imagen de una nación "preexistente a los estados provinciales", esto es, una nación que, sin hallar sus raíces en los pueblos originarios del territorio, se hallaba "prefigurada desde los [últimos] tiempos coloniales" (1994, 30).

¹⁹ Elegimos la expresión "quichua" en lugar de "quechua" —más común actualmente para referirse a la lengua, salvo la variedad de Santiago del Estero (Argentina) que se distingue como "quichua"— dado que es la forma usual de denominación del idioma en las fuentes analizadas.

de la América y de los americanos fuera de sus elementos físicos, arqueológicos, filológicos, antropológicos o míticos, han caído en el más merecido descrédito" (1879, 62).

4.1 La fantasía del movimiento civilizador americano. El libro de Brasseur de Bourbourg (1896a)

En "Preliminar al examen de la obra de Charles Étienne Brasseur de Bourbourg" (1896a), Mitre analizaba la *Biblioteca Mexicano Guatemalteca* (1871) de Brasseur de Bourbourg, un sacerdote francés del siglo XIX dedicado a la arqueología antecolombiana de América central. Según Mitre, el estudio de este abate, si bien novedoso en principio, carecía de valor "histórico y científico" y, por ende, inducía a "errores fundamentales" a muchos americanistas (1896a, 34). Según señalaba, ya desde su introducción, en el libro podía advertirse "la ninguna consistencia de sus teorías y la poca solidez de sus cimientos científicos" (1896a, 35).

¿Cuál era el punto de partida de la reflexión de la obra de Brasseur de Bourbourg? Que había sido occidente —y no oriente— la cuna de la civilización. Que América (por el camino de Atlántida) había iniciado el "movimiento civilizador" hacia otros continentes; de este modo, los monumentos americanos explicaban los monumentos egipcios, al igual que las lenguas maya y mexicana (o azteca) explicaban las lenguas clásicas y los mitos universales (1896a, 35-36). De acuerdo con la lógica del autor, indicaba Mitre,

[los jeroglíficos mexicanos y los símbolos guatemaltecos] serían verdaderos alfabetos fonéticos, con auxilio de los cuales podrían leerse en el futuro las descripciones de Homero y Hesíodo, las narraciones de Diodoro de Sicilia, los escritos de Heródoto, Plutarco, Platón, Apoliodoro, etc., y entenderse las tradiciones bramínicas y escandinavas, y hasta seguirse el itinerario de los viajes de los fenicios por las costas americanas (1896a, 36).

El problema de Brasseur de Bourbourg era, para Mitre, que sus estudios estaban montados sobre un mar de fabulación y que los análisis lingüísticos, absolutamente parciales y acotados a su foco de interés, no le permitían satisfacer los requerimientos metodológicos mínimos; específicamente, decía:

Dirigido por su imaginación más que por su ciencia, [Brasseur de Bourbourg] se extravió persiguiendo ilusiones etimológicas que le condujeron a conclusiones incompletas o arbitrarias envueltas en un palabreo exuberante. Su método no es científico, su criterio es escaso, su estilo difuso, su sistema carece de base racional y sus investigaciones son, en gran parte, fruto del trabajo ajeno, que con frecuencia trata de obscurecer. En definitiva, su obra carece de originalidad, aún en lo que tiene de extravagante, y, adelantando muy poco los buenos estudios americanos, ha contribuido a desnaturalizarlos, dando origen a una escuela filológica,

semi-científica, semi-fantástica, que por medio de etimologías y analogías que se contradicen entre sí, lo mismo prueba que los americanos son escíticos o turanios, o griegos o chinos, o egipcios o escandinavos, volviendo así a la confusión de las razas y las lenguas de la vieja escuela americano-judía, de que [Lord Edward] Kingsborough fue el último propagador (1896a, 38)²⁰.

Finalmente, tras denunciar "varios errores, omisiones y falsas apreciaciones", si bien le concedía la virtud de poseer "alguna que otra noticia curiosa", Mitre era lapidario en cuanto a su valoración del trabajo del abate: "De este libro puede decirse, que fue a la vez que el inventario y el estamento del autor, el epitafio que él mismo se hizo en vida" (1896a, 39). Según veremos de inmediato, el conflicto de base radicaba en que Mitre no congraciaba con aquel trabajo filológico (semi-fantástico) que desempolvaba y forzaba datos antiquísimos con el objeto de postular nuevas filiaciones lingüísticas y emparentar civilizaciones remotas.

4.2 La fantasía del movimiento civilizador americano. El libro de Brasseur de Bourbourg (1896a)

En "El Tupy egipciaco" (1896b), Mitre analizaba *El origen turanio de los americanos tupis-caribes y de sus antepasados egipcios* (1876) de Francisco Adolfo Varnhagen, el Barón de Porto Seguro: un militar, diplomático e historiador brasileño. La disparatada hipótesis que trabajaba este material, para Mitre, lo convertía en un libro "muerto al nacer" que no había tenido "los honores fúnebres de la crítica" y sobre el que habría que "esparcir un puñado de polvo para que no vague como sombra errante en el panteón de la lingüística americana" (1896b, 351).

El tupy (o guaraní) era la *lingua geral* del Brasil, hablada por una comunidad indígena cuyo "imperio verbal" se extendía en la parte oriental de América meridional, a lo largo de su litoral marítimo y de sus grandes ríos; este idioma, cuyo despliegue original parecía haberse dado de norte a sur, explicaba Mitre, en tiempos antecolombianos se hablaba no solo en Brasil, sino también en parte de las Guayanas, en el Paraguay, en las antiguas misiones jesuíticas del Paraná y del Uruguay, en Corrientes y en el Chaco, y llegaba con sus migraciones hasta el pie de los Andes bolivianos (1896b, 349). El guaraní, continuaba detallando Mitre, abarcó un vasto territorio habitado por más de cuatrocientas "tribus salvajes de un origen común", entre las que no se libraron relaciones políticas ni sociales más allá de la lengua (1896b, 350). Este idioma tenía "impreso en sí el

²⁰ Kingsborough fue un anticuario irlandés de principios del siglo XIX que pretendió demostrar que los habitantes de América anteriores a la conquista de Colón eran una de las diez tribus perdidas de Israel. Su obra cumbre —de nueve tomos, muchos de los cuales fueron publicados póstumamente— fue *Antigüedades de México* (1830-1848).

sello de una lengua autóctona", pues "por su extensión y unidad, por la estructura de sus palabras y por sus formas gramaticales, combinadas con su vocabulario analítico", aparecía como el representante paradigmático de las "lenguas polisintéticas" americanas (1896b, 350). Esta era, para Mitre, la razón por la que el guaraní se había constituido una excepción respecto de otras lenguas del continente; a diferencia del quechua y el azteca, por ejemplo, el guaraní había logrado "escapar a las lucubraciones sistemáticas de la escuela filológica", que se empeñaba en atribuir a las lenguas americanas "orígenes remotos y extraños a su naturaleza intrínseca" (1896b, 350).

Resulta muy interesante ver el modo en el que Mitre denunciaba la falta de criterio científico de aquello que, según anunciamos, presentaba bajo el concepto de filología semi-fantástica; se trataba de un enfoque que obedecía a "ideas preconcebidas" o incluso a "verdaderas manías", y que anclaba sus argumentos en "pruebas tan inconsistentes como extravagantes" (1896b, 350). Procurando erradicar de base ese tipo de filiaciones, el discurso de Mitre se asentaba en el siguiente razonamiento:

La única cuestión que no ha sido tratada es la sentada espiritualmente por Voltaire: "¿De dónde provienen las moscas que se encontraron en el nuevo mundo? Si en América, como en cualquier otra parte del globo, pudieran nacer moscas como las ya conocidas en el antiguo continente, ¿por qué no también hombres? Y siendo estos distintos de todas las razas conocidas, ¿por qué no pudieron encontrar los medios apropiados para entenderse verbalmente entre sí? Y si se tiene en cuenta que las lenguas americanas, por su vocabulario, y principalmente por su sistema gramatical, así como por su estructura, son orgánicamente distintas de las conocidas, ¿por qué no admitir que pudieran tener el mismo origen de las moscas? Respecto de las lenguas americanas, se ha buscado su origen en el Indostán, el Japón, la China, la Escitia, la Siberia, Noruega, Irlanda y Escocia, Grecia y Roma, haciéndolas derivar así del ariaco como del hebreo, y hasta de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, viniendo en línea recta de Noé... (1896b, 350-351).

Los mencionados trabajos de López, Larsen y Mossi sirven de referencia para ilustrar las fabulaciones a las que remitía Mitre. Este tipo de estudios, explicaba Mitre, respondían a una "convicción convencional", montada sobre un "sistema de analogías y etimologías arbitrarias, sin base histórica ni científica" (1896b, 352). En el caso de Vanhagen, el postulado era de orden "etnológico": la raza guaraníca (desplegada desde el Amazonas hasta el Río de la Plata), pertenecía a la raza caribe (desplegada desde las Antillas hasta Honduras y la Florida, incluso hasta el golfo de California) (1896b, 352). El argumento fundamental para el sostenimiento de esta identificación de razas era que los Guaraníes se autodenominaban *Carys* o *Carios*, de donde vendría la palabra *carioca*, aplicada a quienes habitaban el Brasil central, y que daban al hombre europeo el nombre de *caray*, recordando tal vez su antiguo origen (1896b, 352). Sobre la "casi identidad de su lengua" a partir del parecido de esta palabra y de una serie de "induc-

ciones o deducciones más o menos arbitrarias", explicaba Mitre, el historiador brasilero establecía una "comparación filológica" totalmente carente de método (1896b, 352). Sin embargo, este no era el punto de mayor gravedad en el proceder de estudios como el de Varnhagen; la inadecuación más importante consistía en que desatendían "la prueba que podía darles algún valor relativo": "su encañamiento histórico y geográfico" (1896b, 353).

A continuación, Mitre denunciaba algunas de las ridículas demostraciones lexicológicas con las que Varnhagen pretendía anclar su disparatada tesis: los vocablos tupys *ara* ("día") y *ara-cy* ("la madre del día", es decir, "sol") tenían un origen común con la palabra egipcia *rah* ("sol"), y el vocablo tupy *ia-cy-tâtâ* ("los fuegos de la luna") estaba en la misma situación respecto de la palabra egipcia *siu* ("estrella") (1896b, 353). Con el objeto de desenmascarar la sobresimplificación de su colega, Mitre reparaba en el mecanismo de la lengua. En primer lugar, indicaba que en guaraní, "lengua casi idéntica al tupy", *quaraci* ("sol") se descomponía en *qua* ("hoyo", "agujero", "pozo"), *ara* (una partícula que representaba el paso del tiempo en todas sus variedades y acepciones) y *ci* ("madre natural" o razón de la cosa de la que se habla), de modo que este vocablo representaba la idea de "manantial del día" o "pozo del que procede la luz del día" (1896b, 354). En segunda instancia, especificaba los componentes de la palabra *iacitâtâ* ("estrellas"), donde aparecían *i* ("bondad" en principio de dicción), *a* (una forma sincopada de *ara*, esto es, "el paso del tiempo"), *ci* ("luz") y *tâtâ* ("fuego"); el resultado era "chispas de la luna", es decir, "la luz del paso del tiempo" (1896b, 354). En ningún caso consideraba necesario hacer analogías con el egipcio para elucubrar un ancestro remoto a un pueblo originario del continente americano. La pregunta retórica con la que Mitre procuraba sentenciar la vehemencia de sus críticas observaciones era la siguiente:

¿Qué tiene que ver todo esto, que se explica naturalmente por la asociación metafórica de ideas pintorescas del salvaje, y de la estructura especial de las lenguas polisintéticas de la América, con la Isis de la mitología egipcia, y con las raíces *rah*, *ioh* y *siu*, que corresponden a otras concepciones intelectuales, a otras creencias, y a otras formas gramaticales, cuyos vocabularios difieren hasta en su etimología? (1896b, 355).

Para finalizar, más allá de las "inconsistencias filológicas" de la teoría de Varnhagen, Mitre se detenía sobre el relato de "la emigración hipotética de los antiguos Caryos" (1896b, 361). Supuestamente, antes del siglo III, tras el acontecimiento homérico de la caída de Troya, tuvo lugar un éxodo de Coryanos, pueblo navegante del Mediterráneo, aliado de los fenicios y, consecuentemente, de los griegos y de los egipcios; estos emprendieron una "odisea transatlántica" que los llevó a atravesar "el océano de oriente a poniente como Colón", llegar a las Antillas, penetrar en América y esparcirse "por occidente y norte en son de conquista, pero evitando chocar con las civilizaciones de México y Perú", siguiendo el

camino de Orinoco y del Amazonas y logrando "propagar su lengua hasta los ríos superiores del Plata" (1896b, 362).

¿Alguna justificación que legitimara la idea? Varnhagen destacaba la similitud de embarcaciones utilizadas por Coryanos y Tupys: ambas tenían dos proas. Mitre explicaba, una vez más, que el problema radicaba en la idea preconcebida del historiador brasileiro: emparentar a estos habitantes de América con aquella civilización que había salvado las columnas de Hércules (1896b, 362). La consecuencia de su capricho era el trazado de un "itinerario fantástico", tan fantástico como su filología, de la que había resultado un "libro curioso", que solamente podía leerse "por obligación" y que no había traído "ningún contingente útil" a la lingüística americana (1896b, 264).

5. Conclusión

Hoy sabemos —o al menos contamos con cierto acuerdo crítico respecto de— tres cosas: primero, que todos los seres humanos compartimos un origen en tanto pertenecemos a "una única especie surgida hace unos doscientos mil años en una zona limitada de África, que luego se expandió por el resto del mundo"; segundo, que la diversidad lingüística es "un fenómeno natural estrechamente relacionado con los grupos étnicos y con sus movimientos geográficos e históricos", de modo que resulta científicamente observable; y tercero, que las comparaciones entre fenómenos biológicos y fenómenos lingüísticos no son más que una "analogía" (Bernárdez 2016, 39). Entonces, ¿por qué razones, hoy día, la labor filológica de Mitre merecería la pena ser considerada como pieza de valía historiográfica? Porque el tipo de reflexiones condensadas en sus artículos constituye un exponente clarísimo del modo (al menos, hegemónico) en el que el intelectual de formación europea de la segunda mitad del siglo XIX pensaba (y gestionaba) las diferencias. El hombre, el lenguaje, la sociedad, el arte, el devenir, etcétera, estaban vistos a través de un enorme prisma de prejuicios a fuerza de los cuales se hacía ciencia.

Según advertimos, el enfoque de Mitre profundizaba la adopción de un punto de vista ideologizado y condenatorio respecto de las cualidades del hombre americano. Reaccionaba ante las interpretaciones practicadas por muchos de sus colegas, pues buscaba rehuir del trazado de vínculos étnicos a los que consideraba inconsistentes e ilegítimos, y apuntaba las insondables diferencias entre las "semi-civilizaciones" antecolombianas y las sociedades europeas. Sostenía que la historia americana se circunscribía al territorio en el que se hallaba, agotando sus raíces en el propio continente y, lejos de intentar desentrañar vínculos con idiomas remotos (tanto geográfica como cronológicamente), denunciaba la impropiedad de esas forzadas y ampulosas reconstrucciones que, intentando res-

paldarse en el prestigio del comparatismo, traían aparejados falaces derroteros migratorios (1896a, 1896b). Cuando describía el quechua y el aimara (1879, 1881), el araucano y el allentiak (1894), el mije y el zoque (1895) y el tupy y el guaraní (1896b), las caracterizaba como lenguas de gramáticas "rudimentarias". En suma, si bien acuñó una noción absolutamente interesante como la de "ideología idiomática" (1894), al estudiar las lenguas americanas imbuido del sesgo del naturalismo de la época, Mitre procuraba poner de manifiesto una idea sin ningún tipo de asidero científico en la actualidad: la precariedad de pensamiento del hombre originario de América, su "barbarie congénita" y sus penurias en materia de desarrollo cívico y moral. Hoy sabemos cuál es el verdadero valor que debemos atribuirle a su legado.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

- Brasseur de Bourbourg, Charles Étienne. 1871. *Bibliothèque Guatémaliense*. París: Maisonneuve et Cie.
- Kingsborough, Lord Edward. 1830-1848. *Antiquities of México*. London: Robert Havel 77.
- Larsen, Juan Mariano. 1865. *América Antecolombiana o Sea noticias sobre algunas interesantes ruinas y sobre los viajes anteriores a Colón*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.
- Larsen, Juan Mariano. 1870. "Filología Americana. La lengua quichua y el doctor López". En: *La Revista de Buenos Aires* 8.84, 409-431.
- López, Vicente Fidel. 1871 [1868]. *Les Races Aryennes du Pérou*. París: Imprimerie Jouaust.
- Mitre, Bartolomé. 1879. *Las ruinas de Tiahuanaco (Recuerdos de viaje)*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Coni.
- Mitre, Bartolomé. 1881. "Ollantay. Estudio sobre el drama quechua". En: *Nueva Revista de Buenos Aires* I, 25-66.
- Mitre, Bartolomé. 1894. *Lenguas Americanas. Estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del P. Luis de Valdivia sobre el Araucano y el Allentiak, con un vocabulario razonado del Allentiak*. La Plata: Talleres de publicaciones del Museo.
- Mitre, Bartolomé. 1895. *Lenguas Americanas. El Mije y el Zoque*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación.
- Mitre, Bartolomé. 1896a. "Preliminar al examen de la obra de Charles Étienne Brasseur de Bourbourg". En: *La Biblioteca* I.1, 34-39.
- Mitre, Bartolomé. 1896b. "El Tupy egipciaco". En: *La Biblioteca* I.2, 349-364.
- Mossi, Miguel Ángel. 1856. *Gramática de la lengua general del Perú, llamada comúnmente quichua*. Sucre: Imprenta de López.
- Mossi, Miguel Ángel. 1857. *Ensayo sobre las excelencias y perfección del idioma llamado comúnmente quichua*. Sucre: Imprenta de López.
- Mossi, Miguel Ángel. 1860. *Diccionario Quichua-Castellano y Castellano-Quichua*. Sucre: Imprenta de López.
- Mossi, Miguel Ángel. 1889. *Manual del idioma general del Perú. Gramática razonada de la lengua quichua*. Córdoba: Imprenta "La Minerva".
- Museo Mitre. 1909-1911. *Catálogo razonado de la Sección lenguas americanas*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.

- Pacheco Zegarra, Gabino. 1886 [1878]. "Introducción". En: *Ollantay. Drama en verso quechua del tiempo de los Incas*. Madrid: Dirección y Administración Madera, 11-54.
- Quintana, Fray Agustín de la. 1891 [1729]. *Arte de la lengua Mije*. Oaxaca: Francisco Belmar.
- Rivero, Mariano Eduardo & Tschudi, Juan Diego de. 1851. *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial de la Corte y del Estado.
- Tschudi, Johann Jakob von. 1853. *Die Kechua-Sprache*. Wien: Kaiserliche-königliche hof-und staatsdruckerei.
- Valdivia, Luis de. 1606-1607. *Arte y Gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile*. Lima: Francisco del Canto.
- Varnhagen, Francisco Adolfo. 1876. *L'Origine Touranienne Des Américains Tupis-Caribes Et Des Anciens Egyptiens*. Vienne: Librairie I. et R. de Faesy & Frick.

Fuentes secundarias

- Anderson, Benedict. 1993 [1983]. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Battista, Emiliano. 2019a. "La concepción del lenguaje en la labor filológica de Vicente Fidel López". En: Riestra, Dora & Mugica, Nora (eds.), *Estudios SAEL 2019*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, 105-118.
- Battista, Emiliano. 2019b. "Del naturalismo al nacionalismo (1845-1900). Algunas intervenciones filológicas en la Argentina del siglo XIX". En: *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística* 13, 139-165.
- Battista, Emiliano. 2021. "Mariano Larsen y la filología. Aproximaciones lingüísticas a la historia americana". En: *Energeia* VI, 1-21.
- Battista, Emiliano. 2022. "Idioma universal, filiación lingüística e historia americana. La filología de Miguel Ángel Mossi". En: *Studia linguistica romanica* 7, 74-97.
- Benítez Burraco, Antonio & Barceló-Coblijn, Lluís. 2015. *El origen del lenguaje*. Madrid: Síntesis.
- Bernárdez, Enrique. 2016. *Viaje lingüístico por el mundo. Iniciación a la tipología de las lenguas*. Madrid: Alianza.
- Buchbinder, Pablo. 1994. "La historiografía rioplatense y el problema de los orígenes de la nación". En: *Cuadernos del CLAEH* 69, 29-47.
- Ciapuscio, Guiomar. 2021. "El origen y la evolución del lenguaje". En: Ciapuscio, Guiomar & Adelstein, Andreina (eds), *La lingüística. Una introducción a sus principales preguntas*. Buenos Aires: EUDEBA, 25-54.
- Cuvier, Georges. 1800-1805. *Leçons d'anatomie comparée*. París: Badouin, Imprimeur de l'Institut.
- De Mauro, Sofia. 2018. "El *Catálogo razonado* de Bartolomé Mitre y la lingüística indígena americana a fines de siglo XIX en Argentina". En: *RASAL*, 67-86.
- De Mauro, Sofia. 2020a. *El Catálogo razonado de la sección lenguas americanas de Bartolomé Mitre y la Lingüística Americana*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de Córdoba.
- De Mauro, Sofia. 2020b. "La imposibilidad moral de la existencia del drama: notas sobre la controversia del Ollantay". En: *Anclajes*, XXIV 1 (enero-abril), 69-86.
- De Mauro, Sofia. 2021. "Un hallazgo lingüístico. Los trabajos de B. Mitre y S. Lafone Quevedo sobre la "Doctrina cristiana y catecismo en la lengua Allentiac" del padre Valdivia (1894 [1607])". En: *Boletín de Filología* LVI.1, 301-327.
- Eco, Umberto. 1994 [1993]. *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona: Crítica.

- Ennis, Juan Antonio. 2016. "Los tiempos de la filología: una historia americana". En: *Filología* 48, 9-29.
- Ennis, Juan Antonio. 2018. "Las novedosas ciencias del lenguaje y la política de sus usos: Vicente Fidel López en la *Revista de Buenos Aires* (1863-1869)". En: *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística* 12, 53-74.
- Ennis, Juan Antonio. 2021. "La lengua y el cuerpo. Preparativos para una arqueología". En: Goldchluk, Graciela & Ennis, Juan Antonio (coords.), *Las lenguas del archivo. Filologías para el siglo XXI*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 279-319.
- Farro, Máximo & De Mauro, Sofía. 2019. "Máquinas de papel y lenguas indígenas americanas. Los archivos de trabajo de Samuel Lafone Quevedo y Bartolomé Mitre. En: *Revista de estudios literarios latinoamericanos* 6, 9-62.
- Foucault, Michel. 1968 [1966]. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.
- Irvine, Judith T. & Gal, Susan. 2000. "Language Ideology and Linguistic Differentiation". En: Kroskity, Paul V. (ed.), *Regimes of Language: Ideologies, Politics and Identities*. Santa Fe: School of American Research Press, 35-84.
- Humboldt, Wilhelm von. 1991 [1836]. *Sobre la diversidad de estructura del lenguaje humano*. Barcelona: Anthropos.
- Koerner, E. F. K. 1978. *Towards a Historiography Linguistics. Selected Essays*. Amsterdam: John Benjamin.
- Lamarck, Jean-Baptiste. 1809 [1801]. *Philosophia Zoologica*. París: Dentu.
- Lavoissier, Antoine Laurent. 1801 [1789]. *Traité élémentaire de chimie*. París: Chez Deterville.
- Leroy, Maurice. 1969 [1963]. *Las grandes corrientes de la lingüística*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Linneo, Carl. 1755 [1751]. *Philosophia botanica*. Vienne: J. Tomas Trattner.
- Mejía Macías, Sergio Andrés. 2007. "Las historias de Bartolomé Mitre: operación nacionalista al gusto de los argentinos". En: *Historia Crítica* 33, 98-121.
- Mounin, Georges. 1968 [1967]. *Historia de la lingüística desde los orígenes hasta el siglo XX*. Madrid: Gredos.
- Müller, Max. 1944 [1854]. *La ciencia del lenguaje*. Buenos Aires: Albatros.
- Nercesian, Verónica. 2021. "Las lenguas del mundo". En: Ciapuscio, Guiomar & Adelstein, Andreina (eds.), *La lingüística. Una introducción a sus principales preguntas*. Buenos Aires: EUDEBA, 77-106.
- Olender, Maurice Olender. 2005 [1989]. *Las lenguas del paraíso. Arios y semitas: una pareja providencial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pas, Hernán. 2012. "¿Ecos de Lautaro? Las lenguas indígenas como patrimonio cultural del nacionalismo criollo en el siglo XIX". En: *Anclajes* XVI.2, 73-92.
- Portolés, José. 1986. *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismos e idealismos*. Madrid: Cátedra.
- Quijada Mauriño, Mónica. 1996. "Los 'Incas arios': historia, lengua y raza en la construcción nacional hispanoamericana del siglo XIX". En: *Histórica* XX.2, 243-269.
- Rivas, Ricardo Alberto. 1995. *Historiadores del siglo XIX y la historia de América*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Robins, Robert Henry. 1992 [1967]. *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo.
- Romero, José Luis. 1956 [1943]. "Mitre, un historiador frente al destino nacional". En: *Argentina: imágenes y perspectivas*. Buenos Aires: Raigal, 117-158.
- Saussure, Ferdinand de. 1945 [1916]. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Schávelzon, Daniel. 1991. "Mitre en Tiahuanaco". En: *Todo es Historia* 292 (octubre), 52-65.

- Schlegel, Friedrich. 1808. *Über die Sprache und Weisheit dern Indier*. Heidelberg: Mohr and Zimmer.
- Schleicher, August. 2014 [1863]. "La teoría de Darwin y la Lingüística. Carta abierta al Dr. Ernst Haeckel". En: *RAHL* VI.2, 123-134.
- Schrader, Otto. 1890 [1883]. *Sprachvergleichung und Urgeschichte. Linguistisch-historische Beiträge zur Erforschung des indogermanischen Altertums*. Jena: Germann Coftenoble.
- Smith, Anthony. 1993 [1991]. *National Identity*. Reno: University of Nevada Press.
- Swiggers, Pierre. 2019. "Ideología lingüística: dimensiones metodológicas e históricas". En: *Confluência* 56, 9-40.
- Tovar, Antonio. 1997. "El lenguaje en el tiempo". En: *Estudios de tipología lingüística*. Madrid: Istmo, 19-45.
- Vernant, Jean Pierre. 2005 [1989]. "Prefacio" En: Olender, Maurice, *Las lenguas del paraíso. Arios y semitas: una pareja providencial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 9-12.

Título / Title

Bartolomé Mitre y la filología. Aproximaciones lingüísticas a la historia americana

Bartolomé Mitre and the philology. Linguistic approaches to American history

Resumen / Abstract

Nuestro trabajo se detiene en el análisis de una serie de contribuciones en las que identificamos la labor filológica de Bartolomé Mitre (1821-1906): un político, militar, periodista e historiador argentino que combinó la función pública —llegó incluso a ser presidente de la Nación— con los quehaceres intelectuales. Su enfoque profundizó la adopción de un punto de vista ideologizado y condenatorio respecto de las cualidades del hombre americano: apuntaba las insondables diferencias entre las "semi-civilizaciones" antecolombianas y las sociedades europeas, sostenía que la historia americana se circunscribía al territorio en el que se hallaba y denunciaba la impropiedad de las reconstrucciones filológicas que traían aparejados falaces derroteros migratorios. Si bien acuñó una noción absolutamente interesante como la de "ideología idiomática" (1894), al estudiar las lenguas americanas procuraba poner de manifiesto una idea sin ningún tipo de asidero científico en la actualidad: la precariedad de pensamiento del hombre originario de América, su "barbarie congénita" y sus penurias en materia de desarrollo cívico y moral.

This article focuses on the analysis of a series of contributions among which we identify the philological work of Bartolomé Mitre (1821-1906). He was a historian, journalist, military officer and politician —he would come to be president of Argentina—, who combined public service with his intellectual queries. His perspective deepened the adoption of a condemnatory and ideologized view of the American native. He postulated unfathomable differences between the American pre-Columbian civilizations and the European society. He supported the idea that American history circumscribed itself to the occupied territory and condemned the philological constructions based on hypothetical and/or fallacious migratory flows. Whilst Mitre coined the very interesting notion of "idiomatic ideology" (1894), when he studied American languages, he tried to impose an idea that would be scientifically unsustainable under current standards: the precarity of the American native thought process, their "congenital barbarity" and their civic and moral development hardships.

Palabras clave / Keywords

Bartolomé Mitre, siglo XIX, lingüística histórico-comparativa, América.
Bartolomé Mitre, XIX century, historic-comparative linguistics, America.

Código UNESCO / UNESCO Nomenclature

550614

Información y dirección del autor / Author and address information

Emiliano Battista

Instituto de Filología y Literaturas hispánicas "Doctor A. Alonso"

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Calle 25 de mayo, 217. Primer piso

1002 Ciudad de Buenos Aires (República Argentina)

Correo electrónico: ironlingua@hotmail.com